

Lecturas

En el borde. Los relatos de viaje de Juan Villoro y de Liliana Villanueva en la Berlín dividida

On the Edge: Juan Villoro's and Liliana Villanueva's Travelogues in Berlin Divided

Irina Garbatzky

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades

Universidad Nacional de Rosario

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1349-0585>

garbatzky@iech-conicet.gob.ar

Recibido: 13/05/2025

Aceptado: 04/08/2025

Resumen: La transacción entre la historia de Berlín y literatura latinoamericana viene resultando estimulante y provechosa debido a la capacidad de la segunda para procesar la heterogeneidad (lingüística, cultural, histórica) y por las representaciones sobre la modernidad y sus finales que la trama urbana berlinesa condensa. Berlín se proyecta sobre una zona amplia de la literatura latinoamericana contemporánea como una ciudad signo, referente y estimulante, a partir de los imaginarios producidos por la Guerra Fría, las ruinas de las sucesivas guerras y su sensibilización respecto de la historia.

Así, los relatos situados en la Berlín de finales de siglo XX escritos por

autores latinoamericanos potenciarían la indagación en otros modos de entender la frontera que signó a aquella ciudad como epicentro de la Guerra Fría. Una manera particular de elaborar y transmitir la experiencia no solo de una división, sino, a la vez, la serie de pasajes, confusiones y mezclas que se trasladaban entre el Este y el Oeste, el viejo y el nuevo orden, pero también en la constelación inmigratoria que marcó la metrópoli durante los años previos y posteriores a la reunificación. La hipótesis del trabajo sugiere que algunos relatos berlineses, especialmente aquellos que se ocupan de esa particular franja temporal que significó el final del siglo XX, permiten entender y dar sentido al proceso de reconstrucción de una identidad fragmentada, tan dividida como conectada, tan astillada como multicultural; como si la experiencia del Este y de la Guerra Fría, con aquellos intervalos y zonas de contacto, fuera una marca reapropiada por estas escrituras hacia dentro de su propia tradición. El artículo analiza desde este marco, vinculado de manera general a las teorías sobre la frontera, dos relatos de viaje: *Otoño alemán* (2019), de la escritora argentina Liliana Villanueva y “Berlín, capital del fin del mundo” (1999) y “Berlín, un mapa para perderse” (2005) del mexicano Juan Villoro.

Palabras clave: Ciudades literarias, Fronteras, Guerra Fría, Diarios de viaje, Juan Villoro, Liliana Villanueva.

Abstract: The transaction between the history of Berlin and Latin American literature has proved stimulating and profitable, among other things, because of the latter's capacity to process heterogeneity (linguistic, cultural, historical) and because of the representations of modernity and its endings that Berlin's urban fabric condenses. Berlin is projected onto a wide area of contemporary Latin American literature as a sign, referent and stimulating city, based on the imaginaries produced by the Cold War and the ruins of successive wars and their awareness of history.

Thus, the stories set in Berlin at the end of the twentieth century written by Latin American authors would encourage the exploration of other ways of understanding the border that marked that city as the epicentre of the Cold War. A particular way of elaborating and transmitting the experience not only of a division, but, at the same time, the series of passages, confusions and mixtures that moved between East and West, the old and the new order, but also in the immigrant constellation that marked the metropolis during the years before and after reunification. This articles' hypothesis suggests that some Berlin narratives, especially those dealing with the particular time frame of the end of the twentieth century, allow us to understand and make sense of the process of reconstructing a fragmented identity, as divided as it was connected, as splintered as it was multicultural; as if the experience

of the East and the Cold War, with those intervals and contact zones, were a mark reappropriated by these writings within their own tradition. The article analyses from this framework, linked in a general way to border theories, two travel narratives: *Otoño alemán* (2019), by the argentinian writer Liliana Villanueva and 'Berlín, capital del fin del mundo' (1999) and 'Berlín, un mapa para perderse' (2005) by the mexican Juan Villoro.

Keywords: Literary Cities, Borders, Corld War, Travelogues, Juan Villoro, Liliana Villanueva.

En un capítulo de *Otoño alemán* de Liliana Villanueva, el libro acerca de sus años vividos en Berlín, se narra un viaje al Este. Es julio de 1989, pocos meses antes de la caída del Muro. Junto a Jan, su pareja, la narradora viaja desde Berlín Oeste a la Berlín de la República Democrática Alemana, primero, y luego a una *dacha* en Lössnitz para pasar siete días de vacaciones. En pocos meses el mundo cambiará por completo, aunque ellos aún no lo saben. Lo cierto es que allí, en el Este, ambos son extranjeros, observados con curiosidad. “Éramos dos *Wessis* en un pueblo de una zona rural alejado de la capital, y como tales motivo de interés y curiosidad” (54-55). La curiosidad, en efecto, impregna el tono del libro, revirtiendo cualquier expectativa exotizante. No aparece en Villanueva el *cliché* de la *Ostalgia*, aquella dimensión sentimental sobre los objetos y las prácticas perdidas durante el comunismo. Tampoco abundan las imágenes grises, burocráticas y monumentales con las que el espectro comunista se representó en Occidente. La mirada fresca de Villanueva quiere ser fiel a la de la mujer del recuerdo y no describe en función de imaginarios predictivos ni establece conclusiones: su narración se adhiere a la sencillez de las cosas cotidianas, acaso con el efecto de transformarse de observadora en observada. La joven arquitecta que llega a Berlín por estudio y trabajo ya no se identifica con la tradición de los escritores

viajeros al Este, a los países que se integraron al comunismo durante el siglo XX para narrar aquella experiencia presentada como la de una heterogeneidad radical¹, sino que, por el contrario, busca transmitir las formas de contacto, las porosidades que permeaban ambos lados de la frontera. Éstos *Wessis*, Liliana y Jan, se encuentran con amigos, llevan regalos, disfrutan de conseguir *Produkti*, conversan, se dejan llevar. Incluso, al final de su viaje, antes de regresar, levantan a dos *Ossies* que, haciendo dedo, los confundieron con ciudadanos socialistas. A pesar de las diferencias que Villanueva anota, de lo que ve y de lo que oye, entre un lado y otro hay contactos y discursos en común. La posición de la narradora, así, es la de un sujeto que camina por el borde, afuera de una lectura que mira exclusivamente *desde Occidente*.

Menciono este fragmento de la narración de Villanueva, sobre la cual volveré más adelante, para situar desde un comienzo la idea que intentaré esbozar en estas páginas. Los relatos situados en la Berlín de finales de siglo XX escritos por autores latinoamericanos potenciarían la indagación en otros modos de considerar la frontera que signó a aquella ciudad como epicentro de la Guerra Fría. Una manera particular de elaborar y transmitir la experiencia no solo de una división, sino, a la vez, la serie de pasajes, confusiones y mezclas que se trasladaban entre el Este y el Oeste, el viejo y el nuevo orden, pero también en la constelación inmigratoria que marcó la metrópoli durante los años previos y posteriores a la reunificación. Mi hipótesis es que algunos relatos berlineses, especialmente aquellos que se ocupan de esa particular franja temporal que

1. Sobre los escritores viajeros a los países que integraron el bloque comunista ver Saítta (2007), quien señaló la cualidad testimonial que adquirió para estos intelectuales el hecho de ver y palpar el futuro del mundo.

significó el final del siglo XX, permiten inteligir y dar sentido al proceso de reconstrucción de una identidad fragmentada, tan dividida como conectada, tan astillada como multicultural; como si la experiencia del Este y de la Guerra Fría, con aquellos intervalos y zonas de contacto, fuera una marca reapropiada por estas escrituras hacia dentro de su propia tradición.

A la vez, Berlín se proyecta sobre una zona amplia de la literatura latinoamericana contemporánea como una ciudad signo, referente y estimulante, a partir de los imaginarios producidos por la Guerra Fría (las vidas múltiples y ficcionadas de los espías, sus versiones, las historias de contrabandos y fugas) o las ruinas de las sucesivas guerras y su sensibilización respecto de la historia. Berlín podría verse además como un polo de religación cultural latinoamericano, en el sentido en que lo pensaron Ángel Rama (1983) y Susana Zanetti (1994), propiciador de encuentros y contactos de escritores, artistas e intelectuales (no es casual la profusa cantidad de diarios berlineses escritos por latinoamericanos gracias a una serie de instituciones que financiaron becas, estadías de escritura e investigación).² La transacción entre la historia de Berlín y literatura latinoamericana viene resultando estimulante y provechosa, entre otras cuestiones, por la capacidad de la segunda para procesar la heterogeneidad (lingüística, cultural, histórica) y por las representaciones sobre la modernidad y sus finales que la trama urbana

2. Se trata de un fenómeno que puede seguirse a través de las producciones literarias actuales, como el presente proyecto *Bairro/Barrio* <https://www.barrioberlin.de/la> coordinado por Douglas Pompeu que reúne la producción de escritores y escritoras de América Latina residentes en Berlín, hasta la serie de diarios de viaje y relatos berlineses de la que forma parte Villanueva, la cual integran también Luis Chaves, María Negroni, Mercedes Halfon, Leticia Obeid, Alan Pauls, Daniel Link, Juan Villoro, Matilde Sánchez, Carlos Aguilera, Jesús Díaz, Antonio José Ponte, Abel Fernández Larrea, Cecilia Pavón, Guilherme Zarvos, Odette Casamayor Cisneros, Jorge Locane, Carlos Ríos, entre otros.

berlinesa condensa³.

De este modo, algunos de los relatos de viaje por Berlín se integrarían a un cuerpo textual, a un “archivo del Este” (Garbatzky, 2024). Trabajar sobre las incursiones por el Este, por los países que quedaron del lado de la “cortina de hierro”, especialmente durante los años previos y posteriores al desmantelamiento de la Unión Soviética, involucraría un discurso operativo que buscó elaborar la experiencia del mundo dual de la Guerra Fría a través de la narrativa imaginaria o testimonial y junto con ello explorar los límites de la identidad propia. El corpus de relatos sobre Berlín, tanto en sus años de la división como en los noventa, se integra por escritores cubanos, como Jesús Díaz, Carlos A. Aguilera o Antonio José Ponte (para quienes el encuentro con Berlín y los restos de la RDA posee resonancias específicas, relativas a la revolución cubana), pero también por varios autores de otros países latinoamericanos.

En esta oportunidad me centraré en *Otoño alemán* (2019), de Villanueva y en las crónicas de Juan Villoro “Berlín, capital del fin del mundo” (1999) y “Berlín, un mapa para perderse” (2005)⁴. Se trata de relatos de viaje, que, en tanto tales, entrecruzan distintos tonos y géneros recurriendo a la primera persona en su “doble papel de informante y protagonista de los hechos” (Colombi, 2006)⁵.

3. Sobre la trama urbana de Berlín (de la posguerra a la reunificación) entendida como texto que contiene temporalidades múltiples sigue siendo ineludible el trabajo de Huyssen (2001).

4. Las dos crónicas, publicadas en las revistas *Nexos* y *Letras libres* respectivamente, fueron reeditadas en 2011 en el volumen *Berlín dividido*, junto a “*Berlín ‘86*”, de Matilde Sánchez. Esta última edición es la que utilizo para las referencias.

5. Beatriz Colombi describe e historiza el viaje como género discursivo que envuelve una variedad de registros y subgéneros a lo largo del tiempo. Hay sin embargo elementos constantes que permiten “definir al viaje como una narración en prosa en primera persona que trata sobre un desplazamiento en el espacio hecha por un sujeto que, asumiendo el doble papel de informante y protagonista de los hechos, manifiesta explícitamente la correspondencia –veraz,

Su base temática es la memoria de la visita a Berlín poco antes de la caída del Muro en 1989, mediante una mirada desidealizante tanto de las formas de vida alternativas del comunismo como de las promesas del futuro neoliberal.

El punto de vista que me interesa es el de los aportes sobre las fronteras “como contacto y como fábrica de distinciones”, según lo observa Alejandro Grimson (2003: 17), prestas a una pregunta sobre la mezcla antes que a las definiciones monolíticas de la identidad. Si bien el caso de Berlín difiere en mucho de las problemáticas que emergen en las latitudes latinoamericanas, no deja de interesarnos incorporar para su lectura la óptica que Walter Mignolo y Madina Tlostanova denominan el “pensamiento del borde”, es decir, aquel que puede observar, desde una mirada no hegemónica, “la existencia de gente, lenguajes, religión y conocimiento en ambos lados, ligados a través de las relaciones establecidas por la colonialidad del poder” (3). La pregunta sería entonces si acaso estos viajeros latinoamericanos, extranjeros y visitantes de paso por la capital dividida, ponen en juego saberes que les permiten interpretar los sitios de pasaje de un modo no convencional, es decir, distanciándose de los relatos estereotipados sobre las identidades a un lado y otro del comunismo, desdibujando sus fantasmagorías binarias para poner en foco sus contactos y elementos plurales.

II

Si a lo largo de la modernidad la ciudad entabló un vínculo inseparable y repetido con la escritura y la producción literaria, siempre vuelve a ser

objetiva— de tal desplazamiento con su relato” (2006: 14).

interesante descubrir qué metáforas se condensan para su intelección. Así como París fue, en palabras de Walter Benjamin, la capital del siglo XIX, propicia para la narración de los contrastes, las tensiones y las pasiones del *fin de siècle*, Berlín habría sido, durante los años de la Guerra Fría, la ciudad del límite. Así lo describió Uwe Johnson en su cuento “Una estación de metro berlinesa” (1968), donde especula acerca de la condición de Berlín como ciudad de frontera. Para probarlo se detiene en los pormenores de una situación banal, como puede ser la de un pasajero que sube al metro y baja en algún momento del recorrido. Aquello que en cualquier otro contexto daría como resultado el retrato de cualquier metrópoli (la estación de metro, un hombre bajándose de un tren, la multitud), en Berlín resulta una situación determinante, conflictiva, ya que esta descripción, según sea leída de un lado u otro, podrá enunciar una gran variedad de significados. Para Johnson, la frontera determina la escritura, la peculiaridad del Muro define la retórica sobre Berlín: “la existencia de una frontera dentro de la ciudad es un fenómeno único, tan extraordinario que se está inclinado a aceptarla como un hecho permanente” (Johnson, 1968: 60).

El relato de Johnson, no obstante, permite traslucir la posibilidad de irrealidad que dicha división proyecta, el enrarecimiento que produce sobre los dos mundos en conflicto. Si una narrativa estereotipada de Berlín es imposible, ello sería a fuerza de la multiplicidad que el Muro, indefectiblemente, abre. A pesar de la razón dual de la Guerra Fría, Johnson observa la extrañeza que producen los sitios de pasaje: las calles borradas, que se desdibujan o se interrumpen y en cuyos resquicios crece la maleza, umbrales arbitrarios y monedas distintas a uno y otro lado le permiten al escritor percibir la ciudad

como un territorio ambiguo, proclive a la imaginación. Esa Berlín que en los años sesenta fue el epicentro de la dicotomía entre Este y Oeste, habría de convertirse así, por complementariedad, en una ciudad abierta a espacios intervalares, situaciones de lo intermediario y lo transitorio.

La sensibilidad de la frontera, poco después de la caída del Muro, sería retratada por Serge Gruzinsky en *El pensamiento mestizo*, quien justamente eligió la recién desmoronada y reconfigurada ciudad como uno de los escenarios para observar la movilidad de sus delimitaciones. Berlín con sus zonas sin pertenencia, sus *no man's land*, sus aceleraciones o detenciones, mostraba infinitos matices en coexistencia. Dice Gruzinsky (2000) que el límite que aún se percibía corporalmente durante 1992 y que producía una impresión extraña al marcar el paso instantáneo de un universo a otro, probablemente no habría sido más que una defensa ante la dificultad de comprender la gestación de una dinámica compleja que a la multiplicidad de inmigrantes, pasadores, vendedores temporarios sumaba, en la trama urbana, al amontonamiento producido por las ruinas históricas y sus sucesivas reconstrucciones.

La frontera recientemente aplazada en Berlín resulta uno de los ejemplos con los cuales Gruzinsky describe las complejidades del mestizaje como objeto de estudio, además de un punto de partida, situado en la década de 1990, para reflexionar acerca de las tensiones entre la homogeneidad global, los mestizajes y las identidades locales en el contexto de la apertura de la Unión Soviética y los debates que trajo consigo. Revisar la conquista española de México y de Perú, reencontrarse con la mundialización a través de la violencia y la colonización del siglo XVI puede permitir, según el autor, entender y elaborar los procesos

de identidad de cara a las migraciones, las mezclas y las nuevas divisiones que emergieron después de la Guerra Fría.

Acaso no resulte curioso, entonces, que un escritor mexicano se interese por Berlín y que sus ojos observen una narrativa común entre el Muro, la ciudad destruida y vuelta a reconstruir. Me refiero a Juan Villoro y a sus crónicas “Berlín, capital del fin del mundo” (1999) y “Berlín, un mapa para perderse” (2005).

Villoro viajó durante 1981 para quedarse durante tres años como agregado cultural del gobierno de México en la RDA. La memoria sobre estos viajes, fluctuante, se bifurca en distintos temas y zonas, como si quisiera expandirse ella misma sobre los años y el territorio que intenta abarcar. No obstante, en ambos relatos insisten algunas obsesiones. Al leerlos, podríamos especular que lo que signaría a Berlín como ciudad *escribible* —extrapolando la noción de Roland Barthes referida a los textos que impulsan a los lectores el deseo de escribir y reescribir, de dejar de ser meros consumidores de su contenido y reinterpretarlo a través de su propia experiencia—; tal cualidad, ciudad *escribible*, en principio no tendría que ver con sus monumentos ni tampoco con una biblioteca erudita, sino con las características de una trama urbana que permite la reflexión acerca de la simultaneidad del tiempo en un mismo presente. Una cualidad que en Villoro se anuncia no a través de temas ligados a la historia y a sus ruinas (asuntos enormemente transitados por la literatura y el cine), sino mediante las referencias a la cultura popular⁶. Berlín, nos dice, es la ciudad por la que pasaron Lou Reed y David Bowie, la que inspiró el musical *Cabaret*, de Bob Fosse o *La cortina rasgada* (*Torn Curtain*), de Alfred

6. Sobre la relación entre la cultura letrada y la cultura popular en las crónicas de Villoro, ver Viú Adagio (2020).

Hitchcock. Es justamente esto último lo que le interesa, la posibilidad de vivir en una ciudad que lo lleve a escribir una novela de espías, reuniendo “pistas de intriga internacional con el presunto afán de llevarlas a una novela” (Villoro, 2011: 17). Como sucedía con la frontera para Johnson, que dividía un trayecto de metro en múltiples irrerealidades, para Villoro, Berlín se convertía en ciudad imaginaria gracias a la profusa producción de los espías, aunque lo que encuentre finalmente sean solo anécdotas banales convertidas en relatos para salir del paso: “las fechorías y los dramas que jamás protagonizamos” (23).

Villoro habrá descubierto así, al igual que tantos otros escritores que experimentaron las vidas espías, aquello que Graham Greene narró en *Nuestro hombre en La Habana*: que la lógica del espía, con su relato potencialmente ficticio, en lugar de traslucir una supuesta verdad escondida de los individuos paradójicamente opaca y vuelve barrocas las identidades. Gracias a la imaginación de los espías, las personas dejan de lado sus etiquetas definidas por un comportamiento determinado a un lado y otro del Muro y comienzan a ser vistas en sus procesos de pasaje, mezcla, disfraz. Y quizás por ese motivo la mirada del cronista selecciona escenas en donde lo puesto en relieve son los cuerpos y sus gestualidades. No se trata de relatar cómo se vive *en* el Este o el Oeste, sino en cómo se habita la frontera.

Para esto Villoro detiene la mirada en la moda, en la hibridez que le traen sus asociaciones. Poco y nada tiene *su* Berlín de aquella retratada por Roberto Rosellini, por ejemplo, blanca y negra, en su film *Alemania, año cero* (*Germania anno zero*). Sus imágenes coloridas se acercan, como él mismo dice, a un “mal programa de televisión” (40), desarmando la solemnidad y la melancolía que caracterizaron

las narrativas de posguerra. En la frontera hacia el Este encuentra voluntarias de la Juventud Libre Alemana cambiando la camisa azul reglamentaria por “brevísimos bikinis” para tomar sol y en la Unter den Linden adolescentes pacatas con blusas y moños que le recuerdan a sus tías de la burguesía mexicana⁷. Observar los estilos le permite ampliar la poética de la ciudad, como en un estratégico *zoom out*. El cuerpo, la ropa, el peinado, la actitud vital se convertían en los territorios de cruces y articulaciones, más allá de cualquier división. Ni la moralina ni la pacatería resultan exclusivos de uno u otro sector urbano, tampoco las formas de crear contestaciones resistentes mediante la expresividad del cuerpo. Asiste a un desfile de modas con música punk y observa la disonancia, la estrategia creativa y transgresora. “Moda conjetural”, la llama, “fantasmática”, porque permite poner en presente corporalidades que en la calle no se encuentran.

Los habitantes de Berlín, nos dice Villoro, elaboran la frontera con sus prácticas corporales a través de la tensión entre el control y la desfiguración:

A pesar de los espejos rodantes que se introducían bajo los coches para revisar el chasis y los bolígrafos abiertos en busca de sospechosos microfilms, los puntos de cruce cedían a veces a una peculiar variante del contrabando: el sentido del humor. Durante el carnaval, asistí a una fiesta de disfraces en Leipzigerstrasse, muy cerca de la frontera. Desde un balcón, entre la bruma olorosa a lignito, podíamos ver a los amigos que llegaban de Berlín Occidental. Uno cruzó disfrazado de oso, otro

7. “En el verano de 1981, las heridas de Berlín y su doble posguerra servían de telón de fondo a los adoradores del sol y de la hierba. En mi trayecto al trabajo pasaba por una zanja abierta por voluntarias de la Juventud Libre Alemana, que a causa del calor habían sustituido la camisa azul reglamentaria por brevísimos bikinis. Sus cuerpos se movían como en una versión de *El triunfo de la voluntad* para el canal de Playboy. [...] En la Unter den Linden, del lado Este, las adolescentes llegaban a buscar compañía vestidas como mis tías de San Luis Potosí: blusas de gasa, moños y peinados que imitaban peligrosamente la hojaldra del *Apfelstrudel*. Una de las paradojas del socialismo realmente existente era que su estética de la vida diaria parecía planeada por un contador público mexicano” (27).

disfrazado de conejo. Un guardia excepcional, solo dejó pasar a uno de los convidados, vestidos como la parte delantera de un caballo, cuando la parte trasera también llegó a su puesto de vigilancia (46-47).

El tono de Villoro es corrosivo y desolemnizante. No se reverencia ante los hitos históricos o ideológicos, tampoco ante el temor provocado por el control militar. La anécdota potencia el descentramiento del Muro y las posibilidades generadas por la expresividad corporal para contestar la burocracia y la represión. El contacto entre el cronista mexicano y la capital alemana, doble, dividida y vigilada, produce una imaginación profusa en torno a las identificaciones y a sus formas de reinención.

Hay otra cualidad de Berlín susceptible de volverla escribible a los ojos de este autor. Villoro se formó desde su infancia en un colegio alemán, al que le enviaron sus padres en México. A pesar de no tener conexión con la lengua, según cuenta, fue la opción tomada por la familia para su formación letrada. La experiencia resultó angustiante y confusa. La temprana inmersión en otro idioma le produjo un efecto desconcertante tanto con respecto a Alemania como respecto a México, su país natal:

Mi desconocimiento de Berlín era absoluto, pero sentía un poderoso anhelo de reparación. Durante nueve años estudié en el Colegio Alexander von Humboldt de la Ciudad de México. Un extraño examen de admisión me situó en un grupo donde todas las materias (salvo Lengua Nacional) se cursaban en alemán. Así las cosas, crecí en un ámbito donde mis compañeros se llamaban Helmut, Peter y Rudy, y donde teníamos que resolver problemas matemáticos relacionados con las paradas del tren entre Colonia y Hamburgo o la cantidad de semillas de amapola necesarias para hacer un *Mohnkuchen*, pastel tan exótico en México que había sido decomisado en la Pastelería Alemana de Tacubaya por un comando antinarcóticos, convencido de que se trataba de venta clandestina de opiáceos. Como yo era de los pocos mexicanos en la clase, los maestros me consultaban sobre las tradiciones vernáculas. [...]

Crecí como un folclorista exaltado entre alemanes, educación bastante apropiada para un futuro agregado cultural en Berlín (41).

Viajar a Berlín busca reparar el haberse sentido un exótico, un extranjero, en su propia ciudad. Yendo a Berlín volverá a México por el camino inverso.

En un ensayo sobre la tarea de traducir de la lengua alemana (Villoro, 2013), la vivencia ambigua y traumática de ese primer encuentro con la alteridad es su punto de partida. Allí, Villoro recuerda la canción del Pequeño Juanito (*Hänschen klein*) perdido en el bosque oscuro del conocimiento y la asocia a su primer encuentro con el idioma. La canción contaba la historia de la errancia de Juanito durante nueve años, al cabo de los cuales regresaba al hogar. El niño de la canción, —que es, a la vez, otro “Juan” duplicado—, volvía tan distinto que ni su madre ni su hermana lo reconocían; la historia era una metáfora del proceso educativo. “Salí del Colegio Alemán como quien regresa de una expedición. De pronto estaba en mi propio país. Pero en ocasiones, el bosque oscuro volvía a rodearme. Bajo las tupidas frondas de la noche, soñaba en alemán” (Villoro, 2013: 10).

Perderse en la lengua extraña para reorientarla hacia la propia resulta congruente con la imagen de sí que proyecta como viajero por Berlín. Si recordamos la famosa frase de Walter Benjamin insinuada en el título de la crónica encontraremos que es perderse y no guiarse lo que requiere verdadero aprendizaje⁸. Mediante este método Villoro convierte a Berlín en un mapa para

8. En este mismo relato Villoro recuerda y traduce la famosa cita de Benjamin, de su *Infancia en Berlín*: “Importa poco no saber orientarse en una ciudad. En cambio, perderse en ella como quien se pierde en un bosque requiere aprendizaje” (Villoro, 2011: 38-39). Agradezco a Francisco Aiello por haberme aportado, además, una conexión entre esta de relación entre el recorrido por la ciudad que se desconoce con lo que dice Villoro sobre la escritura en *La pasión y la condena. Viaje en torno a una mesa de trabajo*: “La mayor parte de los escritores no escriben porque sepan

perderse. Camina a contrapelo de los lugares comunes, observa ambos lados de la frontera, se deja arrastrar por la moda y los malentendidos. Como si intentara medir cuál es la distancia correcta para hacer del cuerpo en la ciudad un tema, hasta dónde confundirse en la red de sus signos, hasta dónde alejarse para que el extrañamiento le ofrezca sus imágenes. Como en la traducción, la equivocación resulta creativa; Berlín como texto urbano, al igual que otro en lengua alemana, produce en el autor la ambigua fascinación de la pérdida. Ésta se reencausa, una vez y otra, en la tensión respecto de su autofiguración como escritor mexicano, en lengua española⁹.

III

Liliana Villanueva utiliza el tiempo presente en “El día más largo”, el apartado de su libro donde da su testimonio de la ciudad el día de la caída del Muro. La narración es morosa, la autora decide revivir el “minuto a minuto”, desde la mañana hasta la noche. Hay una disposición por no precipitarse. Antes de contar el momento en que se habilitó el cruce, por ejemplo, se debe contar la espera, dice, los cientos de personas del Este y de todo el país que aguardaban desde horas antes. El día de Villanueva empieza allí, desde “su puesto” en Kreuzberg, donde observa la frontera sin muralla que atravesaba el Spree. Villanueva

algo; escriben para saberlo” (2014: 22).

9. Livia Grotto (2018) analiza el rol de traductor de Villoro y sus ensayos sobre la traducción como una respuesta a la construcción de una idea monolítica de la nacionalidad mexicana en los ensayistas de mediados de siglo XX, entre los que se encontraba su padre, Luis Villoro, nucleados en torno a la revista *Hiperión*. Así, Grotto subraya las puestas en escena de la alteridad como modos de contraponerse a nociones colectivas de identidad.

escucha, revisa, toma fotografías. Y aunque recuerda ahora, desde otro tiempo mucho más cercano al nuestro, utiliza los verbos en presente para reconstruir el “en vivo” de la historia. Registra los pasos apurados de los *Ossies*, encuentra muchos padres jóvenes con hijos chiquitos, gente preparada con botellas para celebrar, clima de algarabía. Seguirá a esa multitud por las calles, distinguiendo sus acentos lingüísticos, hasta el KaDeWe, el renombrado centro comercial de la Berlín occidental y observa a qué prestan atención los visitantes del Este: las bolsas de plástico, el precio de los autos, los productos del capitalismo. Por la frontera que se abrió hay pasadores callejeros que cambian monedas y relatos de familias divididas, de encarcelamiento y violencia. La narradora reflexiona sobre el lugar común que provoca contar un acontecimiento histórico, no quiere usarlo y destina para eso un apartado de salvedades en las que prefiere no caer aunque sea inevitable (“automatismos de la lengua”, sostiene, son las frases: “símbolo de la Guerra Fría” o “las sólidas estructuras de la RDA temblaron”, Villanueva, 2019: 113-114). El riesgo es alto, la caída del Muro ha sido un episodio repetidamente relatado desde entonces hasta hoy. ¿Cómo contarlo? Villanueva no recurre a alegorías ni desprende reflexiones juiciosas. La decisión del tiempo verbal involucra una preeminencia de lo sensorial vinculada con el fluir junto a la multitud por las aceras, por el metro, sobre el Muro. Como señala Ignacio Iriarte (2023), los diferentes usos de los tiempos verbales en *Otoño alemán* denotan una nueva manera de narrar el tiempo histórico, la fragmentación posmoderna:

Villanueva cuenta el lento reacomodo de la historia abandonando la perspectiva de la actualidad y poniendo el foco en los ojos que vieron todo eso el 10 de noviembre de 1989. Por eso este tramo de texto está en presente, de la misma manera que otros se encuentran en pasado. En el presente, el futuro es incierto: nadie sabe qué va a suceder, los soldados

pueden disparar, el gobierno puede ser depuesto por un movimiento comunal, tal vez los comunistas estaban en condiciones de vender cara la derrota. Pero ahí está el *impasse*: nadie sabe qué va a suceder, aunque todos esperan que suceda. Se trata de algo simbólico: en esa frontera que fue levantada en nombre de un futuro cerrado y científicamente comprendido a través de la teleología del marxismo se abre un futuro completamente incierto sobre lo que vendrá (Iriarte, 2023: 71).

En esa línea, podríamos agregar el matiz de color sobre el que la autora insiste para distinguir sus recuerdos entre el Este y el Oeste. En un viaje de estudios que hizo en el pasado, en 1985, la escena se presenta en pasado y en blanco y negro.

Berlín Este era más gris y más frío que el Berlín de donde venía, el aire literalmente marrón grisáceo tenía una consistencia maleable, masticable, todo estaba impregnado de un olor a kerosén, desinfectante, nafta de mala calidad y carbón quemado. El cielo del Oriente era más oscuro, se había hecho tarde después de la espera en la frontera, el aire más espeso, el cielo pesado como a punto de caer sobre la ciudad. Me habían metido en una película en blanco y negro, los tonos intermedios eran sepia amarronado como el de los uniformes de los soldados. Me sentía en una fotografía antigua, una película de época (86).

En ese episodio los motivos serán los de la vigilancia y el control, que también, como en Villoro, convierten la paranoia y el absurdo en una fuente de imaginación narrativa. Ahora, en “el día más largo del mundo”, se subraya la variedad de colores, metonimia de una multiplicidad que excedía el binarismo y que traía la esperanza por un nuevo mundo de conquistas minoritarias y subjetividades alternativas (como lo enunció Susan Buck Morss en el epílogo de su *Mundo soñado y catástrofe*, durante aquel intervalo previo a la hegemonía neoliberal).

Saco una foto del puente, de las personas sobre el puente, pero el zoom no me acerca más a ellas. [...] la foto es apenas un recorte mezquino de esa escena grandiosa que quedó en mi memoria. Y aunque mi imagen

mental es en blanco, marrones y grises iluminados, en la foto descubro colores, camperas de jean celestes y azules con amplias hombreras, el rojo de algunos abrigos, el gorro rojo señal de un chico que se aferra a la mano de su padre, barbas y pelo largo, mujeres con permanente y carritos de bebé, parejas abrazadas. Casi no hay espacio entre la gente en ese día de pocos colores, filas desprolijas y amontonamientos de personas que esperaban pacientes sobre el puente. Ahora recuerdo la sensación que tuve en ese momento, lo irreal que me resultaba ver a través del objetivo de mi cámara de bolsillo (Villanueva, 2019: 116-117).

El punto de vista es un lugar desplazado: para narrar la caída del muro no se mira el Muro, sino un puesto de frontera en el puente de un barrio, Kreuzberg, que no ostenta, además, monumentos históricos o turísticos. Para narrar la caída del Muro no es necesario hablar de picos y palas sino, nuevamente, de los gestos. El minuto después será el encuentro de esa multitud con los íconos del capitalismo, de la voracidad contenida y de la confusión de la policía de frontera.

En esa enunciación desplazada de la que se hace cargo Villanueva se distinguen también otras emergencias marginales:

En ambas veredas del Kudamm surgieron puestos espontáneos de bananas, una imagen exótica en esta zona tan paqueta de Berlín que le da a la calle un toque de feria, vendedores turcos sacan cajas de bananas de Ecuador de camionetas y las apilan a modo de quiosco. Gritan en alemán y en turco:

– ¡Compre, compre bananas! ¡Baratas las bananas!

Lo único que compran los *Ossis* son bananas de a kilo, pagan con los cien marcos y reciben cambio de billetes chicos que miran de uno y otro lado, [...] Los cestos de basura están llenos de cáscaras de bananas, muchas caen a la vereda, hay que tener cuidado de no resbalsarse (128).

El fragmento incita a una reflexión final respecto de la sensibilidad cosmopolita, que tomaría aquí, a mi modo de ver, la forma de los diversos reaseguros de lo propio, traídos a la escritura como contrapartida de los itinerarios

lejanos al hogar¹⁰. En la memoria de Villanueva son numerosos los momentos de *Otoño alemán* en los que la narradora recuerda, compara o figura su vida en Argentina, su historia, la cultura latinoamericana y el idioma. Se encuentra con una amiga uruguaya, también residente en Berlín y recuerdan juntas palabras extravagantes del español. Frente a la dureza del alemán, Villanueva compara términos, construye estrategias de traducción. La segunda y la última parte del libro, por ejemplo, están dedicadas a otra experiencia del Este, la que deberá poner en juego la protagonista mediante el ejercicio de su profesión *in situ*. La joven arquitecta Villanueva retoma los saberes y la creatividad aprendidos en la universidad argentina para un concurso urbanístico (“el primer concurso de las dos Alemanias”, 227) en el Hellersdorf, la ciudad satélite de la ex capital de la RDA, en su extremo más oriental. Es un proyecto enorme de viviendas en un gran espacio vacío que quedó incumplido, “una utopía construida para su república perdida” (225). No sorprende que sea ella, una extranjera, la que integre y guíe al equipo ganador. Desde el borde, como sujeto migrante y pasante, en todo sentido de la palabra, su situación le permite dar una forma precisa a la tensión entre lo singular y lo global que plantea la ciudad, la necesidad de encontrar un hilo conductor entre ambos sectores, pasado y presente. Al visitar el Este junto a su jefe y ver los complejos edificios de estilo soviético, Liliana evoca a Baldomero Fernández Moreno y sus “Setenta balcones y ninguna flor”. El poema junto a una canción española de infancia, son los disparadores para el diseño de una plaza interna, cuadrada, de estilo colonial. Villanueva nos ofrece así una mirada

10. En el caso de Villanueva, además, *Otoño alemán* se complementa con otros dos relatos de viajes, todos vinculados entre sí: *Sombras rusas* (2017), sobre su estancia en la Unión Soviética, y *Viento del Este* (2017), el viaje a China.

de la singular reunificación berlinesa, en la que intervino no solo a través de su profesión, sino sobre todo mediante su historia personal.

Para Gonzalo Aguilar (2014), recuperar la figura del cosmopolita en el nuevo orden mundial resulta una tarea necesaria en la medida en que puede prometer procesos de subjetivación e intervención, poniendo en relación diferentes repertorios. Las obsesiones del cosmopolita por distinguir su singularidad en el discurso hegemónico de la globalización le devuelven o enfatizan el costado político que esta figura conlleva. En este sentido, las pequeñas recursividades de lo propio o los detalles extraños que Villanueva incrusta en el otoño alemán, permitirían pensar en estos pliegues alternativos del cosmopolitismo¹¹. El poema de Fernández Moreno, al igual que el episodio de las bananas, aunque resultan detalles nimios en contraste con los grandes eventos de la historia (el Muro, la reunificación), incorporan en la narración el reconocimiento de las propias modernidades periféricas. Paisajes de otro sitio y de otro tiempo, que conforman una terceridad marcada por la inmigración y que actualizan, en el justo presente, los sentidos de esa mezcla entre Este y Oeste.

En el caso de Villoro, como vimos más arriba, el itinerario por Berlín comienza en su vida mucho antes de viajar y se vincula con un acercamiento a la cultura alemana desde la infancia. Viajar por Berlín equivale a perderse, desfigurar y desfigurarse, dejar de reconocer identificaciones y conectar con cuerpos y gestos de la cultura mexicana. Un reconocimiento de lo propio que se da únicamente a partir del distanciamiento y la mirada excéntrica sobre sí. El acercamiento al

11. En el artículo citado, Gonzalo Aguilar remarca tres modalidades alternativas de los cosmopolitismos en la era global: el cosmopolitismo limítrofe, el cosmopolitismo del pobre y el cosmopolitismo crítico.

Este que se genera en su escritura subraya y encuentra nuevos significados a la idea de una ciudad (una historia, una identidad) impura, en contra de una cultura monolítica:

En el horizonte, se recortaba una ruina reciente, el antiguo Palacio de la República de la era socialista. Una grúa se alzaba junto al gran domo de una iglesia. Las construcciones en uso parecían tan intrincadas y precarias como las piezas del museo. Un ensamblaje en recomposición perpetua. [...] Durante tres años, la ciudad en espejo me convirtió en un desplazado por partida doble, un naufrago voluntario, que perdía la brújula en el Este y el Oeste (Villoro, 2011: 58).

En *Culturas viajeras*, James Clifford propuso un descentramiento para pensar las relaciones de los sujetos diaspóricos con sus espacios de residencia, basado en las ideas de desvío discrepante e historias de intersección. Cómo leer a París, por ejemplo, si se sigue el itinerario de Alejo Carpentier o de Vicente Huidobro, de Paulette Nardal, Aimé Césaire o Luis Buñuel. Qué es esa ciudad que se construye en los desplazamientos y localizaciones de estos viajeros a lo largo de diversos puntos, de sus entradas y salidas, de sus residencias transitorias. Si bien este movimiento podría encontrarse en cualquier metrópoli, en tanto receptora de grandes olas inmigratorias, me interesa seguir el modo en que un grupo de literaturas podría intervenir no solo en el imaginario de la ciudad, sino en el de la Guerra Fría, la oposición Este-Oeste, armando y desarmando sus clichés, contestando las preguntas identitarias sobre la reunificación o sobre la multiculturalidad, haciendo de la ciudad un prisma (Barja Cuyutupa, 2021) para observar los propios procesos nacionales.

Actualmente la experiencia berlinesa evidencia una nueva escena, la de los escritores que viajan porque encuentran una posibilidad de vida literaria creciente

en un circuito de actores (escritores, editores, lectores) latinoamericanos. Allí se teje otro conjunto de textos, en donde subyacen distintos motivos de emigración, como la inestabilidad laboral de la carrera literaria sostenida a través de becas o estancias de investigación. Qué maneras de religación latinoamericana se traman, cómo se encuentran en la literatura, qué tipo de espacialidad conforman en sus viajes sería materia para un trabajo posterior. En este artículo me ha interesado apenas detectar los modos de relatar y de inteligir la experiencia de frontera hacia finales del siglo pasado, en dos casos, su distancia del estereotipo y su recurrencia a lo propio en el impulso de narrar lo diferente.

Bibliografía

- Aguilar, Gonzalo (2014). "Cosmopolitismo en la era de la globalización" [en línea]. *Mardulce Magazine* 6. <<http://www.mardulceeditora.com.ar/magazine/articulo.php?id=36&n=6>>. [Consulta 5 de Mayo de 2020].
- Barja Cuyutupa, Ethel (2021). "La ciudad prismática: Berlín en la narrativa cubana actual", *Hispanic journal* 1/42, pp. 29-46.
- Barthes, Roland (1980). *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Buck Morss, Susan (2004). *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*. Madrid: Machado libros.
- Clifford, James (1999). "Culturas viajeras". *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa, pp. 29-64.
- Colombi, Beatriz (2006). "El viaje y su relato". *Latinoamérica* 43, pp. 11-35.
- Garbatzky, Irina (2024). *El archivo del Este. Desplazamientos en los imaginarios de la literatura cubana contemporánea*. La Plata: EME.
- Grimson, Alejandro (2003). "Disputas sobre las fronteras". Scott Michaelsen y David Johnson (comps.). *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa, pp. 13 -23.
- Grotto, Livia (2018). "Juan Villoro: un itinerario en la traducción". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades* 7/13, pp. 111-123.
- Gruzinsky, Serge (2000). "Berlín, 1992. Pensar lo intermediario". *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Paidós, pp. 48-50.

- Huyssen, Andreas (2001). "El vacío rememorado: Berlín como espacio en blanco". *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 187-211.
- Iriarte, Ignacio (2023). "El muro de Berlín y la discontinuidad de la historia. Un ensayo a partir de *Otoño alemán*, de Liliana Villanueva". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, 12/28, pp. 67-79.
- Johnson, Uwe (1968). "Una estación de metro berlinesa". *Cuatro narradores alemanes de hoy*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, pp. 53-86.
- Mignolo, Walter y Madina Tlostanova (2009). "Habitar los dos lados de la frontera/ teorizar en el cuerpo de esa experiencia". *Revista Ixchel* 1, pp. 1-22.
- Rama, Ángel (1983). "La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)". *Hispanía* 36, pp. 3 – 19.
- Saítta, Sylvia (2007). "Intelectuales argentinos en la Unión Soviética". *Octubre rojo: la revolución rusa noventa años después*. Buenos Aires: Libros del Rojas, pp. 79-93.
- Villanueva, Liliana (2019). *Otoño alemán*. Buenos Aires: Blatt y Ríos.
- Villoro, Juan. (2011). "Berlín, capital del fin del mundo" y "Berlín, un mapa para perderse". Villoro, J. y Sánchez, Matilde. *Berlín (dividido)*. Banda Propia Editoras, Santiago de Chile, pp. 13-32 y 35-62.
- (2012). "Te doy mi palabra. Un itinerario en la traducción: El álgebra y la luna". *Verbum Et Lingua: Didáctica, Lengua Y Cultura* 1, pp. 8–24.
- (2014). *La pasión y la condena. Viaje en torno a una mesa de trabajo*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Viú Adagio, Julieta (2020). "Disputa por el sentido de lo cultural. Representaciones y estrategias discursivas en las crónicas de Juan Villoro". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades* 9/20, pp. 129-141.
- Zanetti, Susana (1994). "Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)". Ana Pizarro (org.). *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura. Vol. 2. Emancipação do discurso*. San Pablo: Memorial da América Latina- Unicamp, pp. 489-534.